

('La Araña', cuento de Felipe Solsona)

* * *

Don Jesús entró en su cuarto. Dejó el bastón con puño de plata detrás de la puerta y prendió la luz del velador que reposaba sobre la mesita.

Se sentó en la cama y comenzó a desanudar el moño negro.

Desabotonó el cuello almidonado y se quitó el chaleco que ostentaba una gruesa cadena de oro, cruzando su pecho como una dorada sonrisa.

Andaba por los setenta largos. Pequeño. Anchos bigotes en el rostro huesudo. Cabello largo, fino, canoso.

Depositó las antiguas vestimentas sobre la silla. Una a una. Primero ésta; después esta otra y ahora ésta. Ni un movimiento en falso en el rutinario ejercicio de todos los días.

Se puso el pijama y suspiró. Giró en derredor y con mirada crítica computó el orden de la habitación. Allá el ropero con su puerta cerrada, la mesita y el velador en su posición habitual. La ventana; la mesa de luz; la silla con todo pulcramente ordenado encima y la cama en medio del cuarto.

Don Jesús jamás lo había notado, pero era un cuarto triste y frío. Tal vez un tanto sórdido debido a sus paredes tan altas y a la poca iluminación. Se presentía en él un cierto olorillo a misterio; a cosa extraña. Aunque también contribuía a dar dicha impresión la araña que colgaba del centro del cielo raso.

Era un artefacto desagradable. Construida en hierro negro; tan negro como profundo y letal, había sido sin duda, el sueño (o la alucinación) de algún herrero fantasioso de alguna vieja época colonial.

Don Jesús invariable y rutinariamente, una vez por mes, preguntaba a Doña María (la viuda que le alquilaba la habitación) por el origen de la araña; a lo que ella contestaba invariable y rutinariamente; una vez por mes, con un resignado y seco: "No sé".

Su utilidad era nula, pues solo servía para tener cirios encendidos. Pero a la viuda le gustaba y como Don Jesús no protestaba, la araña continuaba colgada y el cuarto se alumbraba con la única luz que daba el velador.

Era extraña; sí; pero no por su vejez sino por su forma. Sus cinco brazos estaban curvados hacia arriba, dirigiéndose al cielo raso. Eran brazos chatos, triangulares. En sus vértices, apuntando al cielo, los candelabros para las velas. Las bases de los triángulos se confundían en la masa del cuerpo, y éste en contraposición con los brazos, se dirigía hacia el suelo, afinándose hacia abajo y terminando en una fina y larga aguja.

Aguja negra; fría; afilada; que apuntaba hacia la cama de Don Jesús...

Don Jesús, de joven, habiendo tomado la peculiar costumbre de leer acostado en su cama a la sola luz de la luna –un viejo oficial del ejército que había luchado en la guerra del Paraguay le había dado el 'secreto' para llegar a los ochenta sin anteojos – había

desarrollado el hábito de acostarse dirigiendo sus pies hacia la pared y la cabeza hacia la ventana.

Los años, con su pasar, demostraron infelizmente, lo poco válido de la receta, pero Don Jesús, aún cuando la luna no le permitía ni leer las enormes letras con el nombre del periódico, tal vez por su forma de ser simple y rutinaria, tomó el hecho de acostarse con la cabeza hacia el centro de la pieza como algo obligatorio o establecido. Y Doña María, acostumbrada a ello, le tendía la cama todas las mañanas, poniendo la almohada a los pies de la misma.

Don Jesús apagó la luz. La luna en cuarto creciente entraba a través del vidrio y alumbraba la habitación difusamente.

Miró (al igual que todas las noches en tantos y tantos años) al cenit y contempló el pesado monstruo de metal que colgando del techo parecía dirigir su afilado apéndice al centro de sus ojos.

Tantos años. Tantos años y jamás había dudado ni por un instante. Pero esa noche fue distinto. Sin saber porqué sintió temor y se estremeció.

¿Qué pasaría si algún eslabón de la vieja cadena que sostenía a la araña se venciera y ésta se viniera abajo?

Si bien había pensado muchas veces en esa posibilidad, le extrañaba que jamás le hubiera dado importancia a ese hecho. ¿O sería que esta noche la luz de la luna parecía concentrarse obstinadamente en ese estilete negro y largo que despedía definidos y cloróticos reflejos?

Su temor cobró intensidad y el sentimiento del peligro acechando se agudizó. Estaba quieto; rígido. Como un cadáver que respirara y al que le latiera violentamente el corazón.

De pronto los reflejos murieron. La gran nube ocultó la luna y la negrura invadió la pieza. Don Jesús no pudo ver la araña y el miedo desapareció. Se durmió.

El día siguiente llegó con las cosas habituales, y el viejo realizó todas sus tareas de jubilado. Una a una. Una después de la otra. Y parecía el mismo de siempre; el Don Jesús de hoy y el de treinta años atrás; pero su mente; su frágil mente estaba ubicada en su cuarto, centrada en la preocupación que la araña representaba.

Durante la cena Doña María lo encontró concentrado y callado; pero ella sabía una cosa: la culpa no era ni del guiso, que estaba perfecto, ni de la sopa que estaba deliciosa. No. En el ostracismo de inquilino ella no tenía nada que ver.

Don Jesús bebió el último sorbo de café. Dió las buenas noches y se dirigió a su cuarto tratando de vencer un miedo oscuro y profundo que comenzaba a acosarlo. Abrió la puerta de la habitación y vió la luz de la luna bañando sus posesiones. Casi trastabillante se abalanzó sobre la ventana. Cerró la celosía, apagó la luz y se acostó.

Estaba oscuro. Muy oscuro. Pero en la oscuridad y aún sin poderla ver, la presencia de la araña era real. Ahora sí, estaba seguro del peligro que su vida corría. ¡Con que facilidad la maldita araña podía matarlo!

Y tomó una resolución. Resolución que en un hombre como él era heroica. O desesperada. Al día siguiente pediría permiso a Doña María y cambiaría la cama de lugar. Sí; eso era lo que iba a hacer. Iba a cambiar la cama de lugar dentro del cuarto.

Casi mágicamente, ante la perspectiva de una posible solución cerró los ojos y se durmió.

Fue un sueño malo, angustiante. Las pesadillas se sucedían y en todas ellas la araña era la protagonista. Sus brazos cobraban vida y todo el metal comenzaba a latir. Una baba viscosa caía del negro cuerpo sudoroso y repulsivo. El monstruo bajaba lentamente y clavaba su aguijón en el pecho jadeante de Don Jesús que parecía hipnotizado en la cama.

Despertó a medianoche cubierto de transpiración y respirando fatigosamente. Prendió la luz del velador.

El monstruo parecía observarlo. El aguijón se mostraba más largo y puntiagudo que nunca. La cadena que la sostenía podía estar en perfecto estado o a punto de romperse. La mugre y las telas de araña formaban una filigrana que no dejaba casi ver los eslabones.

Se volvió a acostar sin apagar la luz y nuevamente lo sintió. Ya no era miedo. Era pánico. No podía esperar hasta mañana. Ojalá Doña María no se enojara. Tenía que entenderlo. Se levantó y con no poco esfuerzo para sus años, consiguió correr la pesada cama. Se sentó jadeante en el borde de la misma y lentamente; primero los ojos y luego los ojos y la cara fueron girando hacia arriba. ¡Ya estaba fuera del alcance del monstruo maldito!

Como la luz que se abre paso entre la niebla sintió crecer la calma en medio de su pecho. Se golpeó suavemente la cabeza con la mano como reproche por no haber corrido la cama la noche anterior. Estaba tranquilo y feliz. Ahora veía las cosas de este modo: la araña era un enemigo y lo había burlado. Lo había abatido.

Se paró debajo de ella y la desafió con una voz vieja y todavía aflautada por el miedo anterior.

-¡Cáete! ¿A ver? ¡Cáete ahora! ¡Trata de matarme! ¡Cáete y doy un paso al costado! Te vas a estrellar. Te vas a destrozar... ¡y sin tocarme! ¡Cáete te digo!

Un éxtasis de triunfo y alegría lo ahogó. La desafió una vez más:

-¡Cáete!

El monstruo negro ya no parecía tan fantástico. A cada desafío de Don Jesús daba la sensación que se reducía en tamaño y aumentaba en inofensividad.

Con el ensañamiento del que está ganando una batalla el viejo tomó su bastón con puño de plata. Con la punta tocó levemente el cuerpo de la araña como queriendo incitarla a la lucha. Ésta se balanceó pesadamente. Los eslabones de la cadena protestaron.

Y viendo que todo acababa, Don Jesús se dirigió a ella con desprecio. Y como reforzando sus palabras, el bastón pegó con fuerza contra la araña.

-Tuviste muchos años, pero anoche fue tu última oportunidad. Ya nunca más podrás atravesarme el cráneo con ese sucio estilete.

Descargó un último y poderoso golpe sobre la araña. Tan fuerte que el bastón con puño de plata escapó de su mano y cayó al suelo.

Se agachó para recogerlo y musitó una vez más:

-No me atravesarás el cráneo...

A la mañana siguiente, Doña María encontró a Don Jesús tirado en un charco de sangre.

El estilete de la negra araña había penetrado bajo un riñón y saliendo por el vientre lo había clavado al piso.

